



PUERTA DE SERRANOS EN VALENCIA.

La antigua puerta que representa este grabado, ha sido desde tiempos remotísimos una de las mas importantes fortalezas de la ciudad del Cid, aunque con diferente nombre del que ahora tiene, no pudiéndose, por la diversidad de opiniones, determinar con fundamento el que fuese. Es lo cierto que en 1361, cuando se fabricaron las dos magníficas torres que la coronan, para mejor defensa de la ciudad atacada por las huestes de D. Pedro de Castilla, se la dió el de Puerta de Serranos, que conserva preséntandose al barrio de su inmediación. Da entrada á la ciudad por el camino de Aragon, y al presente sirve para cárcel pública.

UNA REPRESENTACION EN LILA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

El 9 de agosto de 1742, las avenidas de la comedia, situada entonces en la calle de este nombre, se veían llenas de una inmensa multitud que esperaba impaciente que las puertas se abriesen. Los porteros, con sus grandes casacas de color escarlata, apenas podían mantener el orden en aquella bataola maciza, que se ahogaba en el peristilo del edificio, á pesar del sofocante

calor que de ordinario marca el fin de la tarde de un día de verano. Al fin, una especie de reflujó sucedió en esta masa compacta; después se precipitó gritando, rodando, encaramándose unos sobre otros como las hormigas, lamentándose los niños casi ahogados y jurando las mujeres: las puertas acababan de abrirse.

Si preguntais la causa de este apresuramiento inusitado de dirigirse al teatro en una ciudad que tan poco se ocupaba de literatura en aquella época, dignaos dirigir una mirada á este anuncio, con un margen blanco de seis pulgadas, donde campean las armas de la ciudad, rodeadas de un marco florielisado:

Con permiso de los regidores y revart de la ciudad de Lila.

La troupe, bajo la dirección del señor Lanove, dará esta noche

La primera representación de

MAHOMET,

Tragedia en cinco actos, de M. de Voltaire.

NOTA. *Mademoiselle Clairon desempeñará el papel de Palmyra.*

En aquella época tenia Voltaire muchos enemigos; y se sabe lo que eran los enemigos de entonces: solo habia una clase de odio literario. Los hombres de letras y los teólogos estaban en

6 DE ABRIL DE 1856.

guerra abierta: Homero, la tragedia en prosa y la bula *Unigenitus* eran las causas de aquella inmensa batalla, en la que toda arma se estimaba buena, desde el epigrama que no hace mas que arañar, hasta la calumnia que mata; desde el apaleamiento, hasta el anónimo ó la denuncia al parlamento. Pocas personas permanecían neutrales: los que no se batían por Homero, lo hacían por los prosistas ó por los jesuitas y su bula *Unigenitus*.

Entre los mas encarnizados enemigos de Voltaire figuraba J. B. Rousseau el lírico, á quien llamaban entonces el gran Rousseau. Y sin embargo Voltaire habia sido uno de sus mas ardientes defensores cuando su famosa querrela con Saurin, con motivo de las escandalosas canciones que se repartieron en el café de la dame Laurent. El fué quien despues que el parlamento hubo condenado al destierro á Rousseau reconocido culpable, no viendo en este mas que un hombre de letras desgraciado, provocó en su favor la cuestion verificada luego por madame Boussoles y por madame de Fercol, madre del conde de Argental, para remitirle socorros á Suiza donde se habia refugiado. Nada mas fútil que el motivo de esta envenenada querrela, que duró veinte años con un encarnizamiento sin ejemplo.

A su regreso de Holanda, donde Voltaire habia ido con madame de Rupelmonde, el filósofo hizo un rodeo para visitar en Bruselas á Rousseau, á quien no veía hacia diez años. Los primeros dias de la entrevista trascurrieron en efusion de corazon y confianza mutuas: Voltaire llamaba siempre al lírico su maestro y su juez, y aun le confió durante cinco dias su poema de la *Henriada*, al cual daba la última mano. En uno de sus paseos y presente madame de Rupelmonde, Rousseau leyó su *Oda á la posteridad*, y despues el *Juicio de Pluton*. Esta última composicion es una sátira violenta contra el parlamento que le habia separado de la Francia y contra el abogado general que habia pedido su destierro.

— Eso no es propio, maestro nuestro, dijo Voltaire cuya opinion se consultó del bueno y del gran Rousseau.

El amor propio del anciano rimador, que solo anhelaba un sufragio, se ofendió de esta franqueza: las razones que dió Voltaire en apoyo de su dictámen, le disgustaron tanto como si hubiesen sido lecciones.

— Tomad vuestra revancha, le dijo Voltaire; he aquí un pequeño poema que someto al juicio y á la correccion del autor del *Numa*. Y le leyó los primeros versos de la *Epistola á Julia*, llamada despues *Epistola á Urania*: desde el décimo, Rousseau le interrumpió con pesados tono.

— Ahorraos, señor, le dijo, el trabajo de leer mas; es una impiedad horrible.

Voltaire guardó el poema en su bolsillo, diciendo:

— Vamos á la comedia; me disgusta que el autor de la *Moisade* no haya prevenido aun al público que se ha hecho devoto.

Despues de la comedia Voltaire le habló de su *Oda á la posteridad*, y con cáustico tono le dijo al separarse:

— ¿Sabeis, maestro, que no creo que esta oda llegue nunca á su destino?

Desde este instante Rousseau, el poeta mas vanidoso y mas seguro de su mérito personal que habia existido, juró odio eterno á Voltaire.

Pero volvamos á *Mahomet*, y veamos por qué encadenamiento de circunstancias esta tragedia en vez de representarse por primera vez sobre la escena de la comedia francesa, habia venido á debutar en un humilde teatro de provincia.

Era en Cirey, donde habia buscado en 1736 un retiro para escapar á los clamores excitados por la publicacion del poema de la *Pucelle de Orleans*, donde Voltaire compuso su *Mahomet*. Cirey, situado sobre los confines de la Champagne, era el retiro de madame Duchatel, su amiga y una de las mujeres mas realmente sabias de su época. Desde hacia seis años guardaba esta tragedia en su cartera: era un secreto entre el rey de Prusia y él, cuando al regreso de un viaje verificado para tener el motivo de los movimientos de tropas mandados ejecutar por este príncipe en Silesia, viaje que habia terminado á satisfaccion de la

corte de Versailles, se creyó bastante en favor para pedir al cardenal Fleury el permiso de que se representara esta tragedia. El ministro le dejó la eleccion de censor: escogió á Crebillon, á quien dió el dictado de maestro, pero á quien no catequizó, ni logró calmar sus celos, hijos de la conviccion de que el discípulo sabia mas que el maestro. Crebillon rehusó su sufragio á *Mahomet*, y Voltaire partió para la Prusia decidido á que se representara su tragedia por cualquiera compañía.

Su buena estrella le condujo á Lila, donde el señor Lanove explotaba una de las mejores troupe de verano que recorrían entonces la provincia. Lanove tenia entre sus pensionistas á mademoiselle Clairon, que debutaba en la carrera dramática. Pidió á Voltaire el favor de que le dejase representar el *Mahomet*, y el poeta se lo acordó gracias á los lindos ojos de mademoiselle Clairon que acabó de ganarle, recitándole con un fuego y un sentimiento remarcable el discurso de Palmira á Mahomet.

Hemos visto, pues, que era el 9 de agosto de 1742 cuando se verificaba la primera representacion. Esta solemnidad extraordinaria, la presencia del autor que ya pasaba por hombre considerable, el nombre de mademoiselle Clairon que era la actriz favorita del público, todo habia contribuido á poner á Lila en revolucion. Casi todos los habitantes de la ciudad se habian colocado, ó mejor dicho aprensado en el teatro, mucho antes que empezase la representacion; se iban á dar las tres aldobonadas solemnes que anuncian que se levanta el telon, cuando un hombre con vestido de viaje, lleno de polvo y sudor, se presenta al despacho:

— ¡Un parterret! exclama, limpiándose la frente.

— No queda lugar ninguno.

— Entonces una orquesta.

— Os digo que no hay ningun billete.

— Sin embargo necesito uno, aun cuando tuviera que cubrirle de oro para pagarle.... he corrido treinta leguas para llegar á la primera representacion de esta pieza, y seguramente no me volveré sin haberla visto.... Tened ahí un luis, y encontradme una plaza.

Imposible era rehusar á un hombre que daba un luis por una localidad. El hombre del despacho guardó aquella moneda arrojada por el forastero, é hizo seña á un dependiente para que le colocase. Despues de diez minutos de investigaciones el acomodador distinguió una punta de banqueta desocupada, porque próxima á un rincón no se veía desde allí el escenario: el forastero le gratificó y ocupó su lugar al lado de un hombre muy grueso que roncaba esperando se levantase el telon, y no obstante el ruido infernal que allí habia.

Regularmente no empiezan á ser comunicativos los espectadores hasta despues de concluido el primer acto. Cuando el telon de boca cayó y los aplausos cesaron algun tanto, el hombre gordo dirigió la palabra al forastero.

— ¡Voltaire es un gran hombre! dijo con satisfaccion.

— ¡Bah! ¿Lo creéis así? repuso el desconocido con un tono de ironía casi insolente; y despues añadió con burlona sonrisa: ¿Sois vos hombre de letras?

— No señor, soy un tapicero y me honro de ello.

— No lo dudo, repuso el desconocido; pero me permitiréis ilustrar vuestro gusto. Voltaire, decís, es un gran hombre. Pues si no hubiera compuesto mas que el *Mahomet*, creo que solo sería un pobre poetaastro.... y que tendria que sentir.

— ¿Y por qué? preguntó el tapicero.

— ¿Por qué? Porque es una impiedad horrible. ¿No os parece que esta tragedia sea la sátira mas sangrienta de la religion cristiana?

— No me parece nada de eso.

El gordo tapicero señaló uno de esos palcos confundidos en la oscuridad del parterre y llamados hoy baignoires.

— Qué os parece, le dijo, de aquellos dos señores que se ocultan cuanto pueden para no ser vistos?

— Aquellos dos señores, dijo riendo el forastero, me causan el efecto de esos pollos que poneis en jaulas oscuras para engordarlos.

— ¡Qué blasfemia! Es verdad que no sabreis que son messires Cambras y de Arras.

— ¡Dos obispos!

— Sí señor; y si la pieza fuera tan escandalosa é impía como decís, estos dos santos personajes no contravendrían á los estatutos canónicos para venir al espectáculo.

El desconocido no replicó ni volvió á pronunciar otra palabra hasta el fin de la representación; pero procuró hacer expiar á su vecino, con todas las tacañerías imaginables, la falta de haber tenido razón contra él.

Llamaremos ahora la atención del lector hacia un palco de proscenio que ocupaba Voltaire. Este palco estaba muy concurrido, y entre las señoras se distinguía á madame Petitepas, madame de L.... y, en los primeros asientos, la amiga de Voltaire, la que casi nunca se separaba de él, madame Duchatel. Ignoramos hasta qué punto merezca crédito todo cuanto se ha dicho acerca de las relaciones del filósofo con esta dama. Debemos creer que existiese entre ambos algo más que amistad. Lo que hay en ello de cierto es que él estaba celoso de madame Duchatel, como Rousseau de madame de Varens, y que un día se impacientó hasta el extremo de violentar con un puntapié la puerta de una habitación en que su amiga y Clairant se hallaban sumamente ocupados en la solución de un problema de geometría.

Se acababa el cuarto acto, y hacia algunos minutos que Voltaire fijaba su vista con admiración en el sitio del parterre, donde se había colocado el desconocido de que acabamos de hablar, cuando un criado entró en el palco sacándole de la preocupación que le causara la presencia del forastero en el teatro, entregándole una carta que un correo extraordinario acababa de traer ganando horas.

— ¡Es de Federico! dijo Voltaire viendo sobre el lacre las armas de Prusia. Veamos su contenido.

Leyó algun tiempo en voz baja; de repente franqueando el palco se presentó en el escenario, donde fue frenéticamente aplaudido por los espectadores. Restablecido el silencio:

— Señores, dijo, acabo de recibir una carta de mi respetable amigo S. M. Federico, rey de Prusia; me anuncia que ha alcanzado una señalada victoria en Milwitz. Como sois muy fieles súbditos de S. M. el rey de Francia, aliado de este gran príncipe, creo que debeis alegraros de esta feliz noticia. Voy á leerlos la carta. Y la leyó hasta el fin.

Una triple salva de aplausos acogió esta lectura, y el telon se levantó para que se representara el último acto, con los gritos repetidos de *¡viva Federico! ¡viva Voltaire! ¡viva el rey de Francia!* El obeso tapicero gritaba mas fuerte que todos los demás, esforzándose en cubrir la voz de su vecino que gritaba á mas no poder *abajo Voltaire, abajo el impío*. Los prelados adelantaron sus cabezas á riesgo de ser descubiertos, exclamando tambien *¡viva Voltaire! ¡viva el rey de Francia!* En cuanto al poeta, poseído de la emoción que él mismo había excitado y no sintiéndose con bastante fuerza para atravesar á su palco, buscó un apoyo en el intercolumnio, donde permaneció hasta concluida la representación.

El telon cayó, y los bravos atronaban los tímpanos menos delicados. Todos los espectadores aplaudían con un entusiasmo mas fácil de comprender que de describir, pidiendo alternativamente: «¡El autor! ¡Clairon! ¡Voltaire!» Todos estos gritos se mezclaban al palmoteo, á las honras entusiastas. Por último se levantó el telon y el señor Lanove se presentó dando la mano á mademoiselle Clairon, vestida aun con su traje de Palmira, sus cabellos empolvados y calzado de talon alto. El director se había quitado ya su lujoso vestido de marqués, con el que había desempeñado su papel del desgraciado Seide.

A presencia de estos actores redoblaron los bravos y los aplausos. En el momento en que mademoiselle Clairon se adelantó hacia la orilla del escenario para hacer su saludo de agradecimiento al público, una nube de flores y de coronas, lanzadas desde los palcos, vino á caer á sus pies. La jóven actriz recogió una y la estrechó sobre su corazón; despues, apercibiéndose

dose de que Voltaire continuaba apoyado en el intercolumnio, corrió hacia él y le colocó la corona.

En este instante un prolongado silbido sorprendió á los espectadores, si bien fué ahogado en el momento por una estrepitosa salva de aplausos. El rostro del poeta, rojo de emoción y de placer, se tornó pálido como un lienzo; pero solo fué por un segundo. Lanzó una terrible mirada al que había silbado y detuvo con otra al obeso tapicero, que levantaba ya el brazo para castigar al culpable.

El telon cayó por último y algunos minutos despues todo quedó en silencio y desierto.

— Y bien, amigo mío, dijo madame Duchatel á Voltaire que entró en el palco; hé ahí un bello y legítimo triunfo.

— Sí; pero pienso que la tragedia de Milwitz, no ha contribuido poco al buen éxito de la tragedia de Mahomet. (Histórico.)

— ¿Quién es el necio habitante de Lila que ha osado silbar tan bella obra maestra? dijo madame L....

— No es de Lila, respondió galanamente Voltaire.

— ¿Quién es pues? preguntó madame Duchatel.

— Como, ¿no lo adivináis? Es el autor de la Moísade, es el gran Rousseau: ¡yo podría hacerle encerrar en algun calabozo, pues estoy seguro de que, no satisfecho con haber roto su destierro, se encuentra no lejos de aquí, en alguna miserable taberna, tratándose de pagano, de herético! Pero prefiero dejarle: me basta haber encontrado aquí un talento desconocido, destinado á reemplazar dignamente á la pobre Le Couvreur. Amigos míos, conservad esto en la memoria: esta jóven que vegeta en una humilde compañía de verano, será muy pronto la gloria de la escena francesa.

El tiempo demostró que Voltaire había dicho verdad. Mademoiselle Clairon, reconocida como la mas célebre trágica de Europa, no olvidó nunca que debió á Voltaire su primer triunfo. Su respeto al autor de Mahomet, pasó á ser una especie de culto. De ello citaremos dos rasgos.

En 1770 se trató de erigir una estatua á Voltaire con esta inscripcion: *A Voltaire, los hombres de letras sus compatriotas*. Muy luego se reunió la cantidad suficiente para esta obra. Mientras que Pigale, el mas grande estatuario de la época, trabajaba en este monumento, las gentes de letras se reunieron para hacer apoteosis particulares. La que tuvo mas éxito se hizo en casa de mademoiselle Clairon, donde se reunieron de Alembert y todos sus adeptos. Despues de un espléndido banquete, la sociedad se reunió en círculo, en un salon preparado para la ceremonia. Mademoiselle Clairon, vestida de sacerdotisa de Apolo, teniendo en la mano una corona de laurel, subió á una especie de tribuna dispuesta al efecto y recitó una oda en honor de Voltaire. Al llegar á una estrofa en que se hacia alusion al temor de perder al filósofo, dos lágrimas brotaron de sus ojos; y fué tan eléctrica su emoción, que todos los concurrentes lloraron.

En 1778 Voltaire, á la edad de 80 años, volvió á París despues de una ausencia de cerca de treinta. Los actores del teatro francés le enviaron una diputacion, á la que se reunieron ellos mismos. Voltaire respondió á sus felicitaciones: «Yo solo vivo en vosotros y por vosotros.» Mademoiselle Clairon se llegó á él, se prosternó y abrazó sus rodillas. Se la hubiera creído una vida de Voltaire, una sacerdotisa de Apolo á los piés de su Dios. Algunos dias despues el filósofo de Farney recibía un homenaje igual del nieto de Franklin.

Hacia entonces diez y ocho años que J. B. Rousseau había muerto en su destierro en Bruselas, con la reputacion del primer lírico francés, y la del hombre mas ruin del mundo.

LUIS MARIANO DE LARRA.

ANÉCDOTA.

En uno de los pueblos inmediatos á Tolosa existía un labrador, honrado padre de familia y persona de poco comun entendimiento, tan aficionado á estudiar como desagradecido á su profesion; quien dejando por los libros el cuidado de su hacienda la traía en menoscabo, si bien era por otra parte el consejero y

juez sin apelacion en todas las diferencias de sus convecinos.

Es costumbre en el pais, cuando llega el tiempo de las yerbas, abandonar cada cual su ganado á los campos de la jurisdiccion, previa revista pericial para examinar la salubridad de los animales, con el fin de que si alguno padece laceria desconocida por su dueño, separarlo para que no la contamine á los demás.

Verificóse esta en el año á que la anécdota se refiere, como siempre, dándose cada ganadero por conforme con el recuento parcial que se hizo, y reservándose en la memoria la cifra del número de cabezas que le pertenecia, para su particular gobierno.

Por la conveniencia individual de cada interesado, todas las tardes, como de paseo, acostumbran hacer una visita á los campos, bien para recoger la oveja enferma, si la habia, bien para averiguar el número y condicion de los nuevos corderillos. Un solo labrador faltaba á esta diligencia; y era porque las horas del descanso para los demás, las dedicaba á la lectura. Tenia por inútil aquella repetida inspeccion, y por bastante esmero sobre su fortuna, aprender al soltar el ganado el número de cabezas para balancearlas al encerrarle.

Los convecinos deploraban este descuido, observando el des-

merecimiento de las ovejas que le pertenecian, pues si bien cuidaban de ellas con eficacia, nunca querian aplicarles aquellos remedios decisivos que emplea el dueño, sin temor de perjudicar los intereses de nadie, y que á veces en lugar de conseguir el resultado apetecido aceleran el mal, pero casi siempre producen el éxito.

Ocurrió que un cabrito del estudioso labrador se perniquebró y que lo encontrase otro campesino en una de las visitas diarias, llevándole su buena intencion al deseo de entablarle la pata inservible; pero en vez de hacerlo con inteligencia, por aquello de que las cosas hechas con mas esmero y delicadeza suelen salir peor, las tablillas estaban en contrario, y el cabrito no solo se quedó cojo del todo, sino llagado tambien, por lo que era preciso aprovecharle matándole.

El campesino curandero anduvo receloso de revelar su torpeza; pero no queria tampoco utilizarse del cabrito, por lo que determinó su aprovechamiento; y supuesto que no era fácil sustituirle con uno suyo, porque el dueño del cojo lo hubiera conocido, convidar á este á una merienda, donde se repartiria entre todos la víctima á la par que el vino y otros adherentes que costearia como castigo de su falta de inteligencia.



Me falta un cabrito, ¿quién de vosotros sabe de él?

Se verificó, pues, la merienda con la alegría siempre sincera que se disfruta en un pais donde se vive en continuo afecto, y donde no se trata de igualdad entre las gentes, porque nadie la desconoce.

Pasó el tiempo y trajo el día de recoger cada cual sus ovejas al propio redil, cuando notó el dueño del cabrito merendado la falta de un individuo en el regimiento que constituia su hacienda: entonces hizo el sacrificio de matar otro, y para probar á sus convecinos que estaban en un error al creerle desprevenido de memoria para recordar la cifra del recuento, les convidó á almorzar obsequiándoles con la sobriedad que las costumbres vascongadas han formulado, pero con la mayor cortesanía imaginable.

Hubo alegría, sobró apetito y faltó la quimera que en otros paises sirve de postre; y concluido el almuerzo, sin grandes preparativos ni preámbulos, el anfitrión se dirigió á sus convida-

dos haciendo la señal de la cruz para demostrar que era cosa seria diciéndoles:

— Me falta un cabrito, ¿quién de vosotros sabe de él?

Sin dar tiempo á que se apercibieran del lance la mitad de los circunstantes, contestó el curandero:

— Yo por curarle le empeoré, tú le merendaste, y entre todos se aplaudió el asado la tarde de tal día. No te dije nada por que me ofendió mi poco tino, y por otra parte queria corregir tu abandono: entonces lo pagué en vino, ahora mi falta de franqueza la debo pagar con rogarte que me la perdones.

El curandero recibió en premio de su proceder unas cuantas chanzonetas de los compañeros acerca de su decantada habilidad; y el dueño del cabrito cojo, comprendiendo que no vituperaban la calificación de abandonado que se lanzara contra él porque la creían justa, fué desde entonces el mejor aparejador de su hacienda que haya existido, y la suerte coronó su laboriosidad.

En pocas provincias de España se sustanciaria tan pronto este pleito: es verdad que en ninguna fuera de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya se hubiera dado lugar á él por la absoluta carencia de campesinos por estilo del *curandero*.

El hecho es histórico, todos sus detalles de sencillez é hidalguía verdaderos; no le falta mas que haber sido descrito por una pluma de mas correcto estilo.

LUIS DE CASTRO.

NUCH DE FULLALGUER.

El maestro de los hospitalarios, *Nuch de Fullalguer*, es un personaje cuyo nombre se encuentra oscurecido por el transcurso del tiempo, pero muy digno de brillar en las páginas de la historia que florece eternamente, por los eminentes servicios que prestó en las conquistas de Mallorca y Valencia.

Compañero inseparable del rey D. Jaime I de Aragon, conocido por el *conquistador*, nunca le abandonó en los peligros; siempre se encontró á su lado, ayudando con la espada y prudentes consejos en todas las empresas gloriosas de aquel valiente monarca. — Desde su juventud hasta el último suspiro, *Fullalguer* le sirvió con la lealtad y decision que es proverbial entre los caballeros aragoneses.

El crónista Benthier, cuando narra los sucesos que tuvieron lugar en la conquista de Mallorca, pone en relieve la condicion á que se veian reducidos los reyes por el feudalismo, en términos que D. Jaime se mantuvo, en medio de su grandeza, largas temporadas de la caza. Al emprender el cerco de Valencia hizo un gran sacrificio, despojándose de la joya de mas estima para poder comprar cuarenta caballos de su guardia. — Si los nobles no les ayudaban con soldados, rara vez podian emprender una campaña.

El 10 de mayo de 1233 se encontraba el rey D. Jaime en la villa de Alcañiz reponiéndose de la guerra sostenida con tanto valor como heroismo en Mallorca. — Descansaba tranquilo sobre sus laureles, cuando se le presentó demandado proteccion y amparo el árabe destronado en Valencia por el ambicioso Zaén. — Creyendo D. Jaime que era la ocasion favorable para aprovechar la division encarnizada de los árabes, no vaciló en convocar inmediatamente á todos los caballeros, nobles y prelados de la corte, significándoles lo útil que era emprender sin tardanza la nueva guerra de Valencia.

En la galería descubierta de su palacio de Alcañiz tuvo lugar la reunion; y el maestro de los hospitalarios, que siempre era el primero en tomar la iniciativa cuando se trataba de conquistar laureles á su patria, no hizo esperar mucho tiempo su palabra:

— No cabe duda, señor, — *le dijo* — que á vuestro heroico esfuerzo se debe la conquista de Mallorca. — ¿Por qué, pues, no emprendemos desde mañana la de Valencia? — Este fué el anhelo de vuestros mayores y este es mi ardiente voto en tan fácil empresa, contando, como contamos, con la generosa ayuda de los caballeros que nos honran con su presencia.

— Precisamente, noble Fullalguer, — contestó el rey — esperaba vuestro parecer en asunto tan grande para arrojarle á la contienda. Por lo que á mí toca hoy mismo montaría á caballo, empuñaría la lanza y os conduciría á la victoria; pero bien comprendéis, nobles caballeros, que necesito de vosotros si hemos de pisar la media luna.

— Mi dictámen, replicó D. Blasco de Alagon, es que se empeece sin perder momento: que no se hable de otra cosa que de la *guerra-santa* para derribar el estandarte africano de los muros de Valencia, y que apronten los nobles su gente de armas para la lucha.

Exaltados los ánimos por el amor de la gloria, todos los nobles y caballeros que formaban el círculo, recibieron con palmas de entusiasmo los discursos de Fullalguer y de D. Blasco. — En poco mas de una hora se convino el órden de la nueva campaña; juraron en seguida sobre la cruz de las espadas no dejar las armas hasta conseguir la rendicion de Valencia, y lanzaron

desde la galería de Alcañiz el grito de *guerra-santa*, que resonó como el trueno en todo Aragon.

Cada noble partió á su señorío á levantar su gente. D. Blasco se encargó de la toma de Morella, y Fullalguer con el rey, al frente de seis mil hombres, marcharon sobre Burriana, punto muy fortificado por los árabes.

Detenidos en el cerco de esta villa por la tenaz resistencia de los sitiados, la falta de víveres por una parte y por otra los continuos descalabros, hizo desmayar á los aragoneses hasta el punto de proponer á D. Jaime la retirada.

— Por mi corona, — *contestó el rey*, — no volveré á Aragon sin que antes sea señor de Valencia, ó perezca en la demanda.

La constancia envidiable de este valiente monarca, los consejos del maestro Fullalguer para no retroceder por muchas dificultades que ofreciera, conjuraron la tempestad apoyada por los nobles D. Jimenez de Urrea, D. Blasco de Alagon y D. Rodrigo de Lizana, que á todo trance querian retirarse.

Reunidos en la tienda del rey el Justicia mayor de Aragon, Perez de Tarazona, Fullalguer y todos los caballeros de su confianza, les arengó D. Jaime diciéndoles:

— Recordad, nobles caballeros, las promesas solemnes que hicieron los grandes del reino cuando en la galería de Alcañiz me juraron obediencia. ¡Ya veis lo que los cobardes ahora me aconsejan! Yo por mi parte, antes de retirarme, prefiero que una saeta traspase mi cabeza: que huyan los cobardes de la gloria, enhorabuena, con Fullalguer y con vosotros me sobra para continuar la guerra. Llamaré á los obispos, á los grandes de Cataluña, á las comunidades de mis pueblos, y con vuestro auxilio tomaremos á Burriana para que los contrarios se corran de vergüenza.

Organizado de nuevo el ejército y sin abandonar nadie su tienda, todos iban á porfia donde el honor les llamara. Estrechados en fin los árabes por las tropas al mando de Fullalguer y D. Bernardo Guillen, se dió el asalto obligando á capitular la fortaleza de Burriana el 16 de julio de 1233.

Una vez enarbolado ya el pendon de D. Jaime sobre este baluarte, que los árabes miraban como inexpugnable, tocó á la fama correr la victoria. La plaza de Peñíscola se rindió el 22 de setiembre siguiente, los triunfos sucedieron de corrida, unos por capitulacion y otros por la fuerza, rindiéndose los castillos de *Chisvert*, de *Cervera*, *Polpis* y *Uldecona*. — Las armas cristianas no se detuvieron hasta cercar el fuerte de *Moncada*, el cual fué tomado con mucha riqueza y dos mil cautivos que gemian en sus prisiones. — Ultimamente el 15 de enero de 1234 se tomó por asalto el castillo conocido por el Puig, en donde habiendo encontrado una imagen debajo de la gran campana — *la virgen hoy del Puig* — fué presentada al ejército como agüero feliz y como terminacion de la campaña.

El ejército victorioso de D. Jaime, compuesto de ocho mil infantes y setecientos caballos, desplegó banderas á la vista de los muros de Valencia el dia 18 de octubre de 1234. El usurpador Zaén vino á atacarle con cuarenta mil infantes y ochocientos caballos; pero fué tan reñida la batalla, que D. Jaime para reponerse de las pérdidas tuvo que retirar sus tropas al castillo de Puig, jurando, sin embargo, no repasar el Ebro sin haber conseguido la conquista de Valencia.

Mas de tres años duró la tregua, y durante este tiempo hizo el rey moro proposiciones de paz, ofreciendo entregar los castillos y plazas que habia desde Valencia á Tortosa y desde este punto á Teruel. Ademas se obligaba á pagar el tributo anual de diez mil besantes (cada besante era de seis reales castellanos); pero sordo D. Jaime á las frecuentes embajadas de esta naturaleza, determinó poner el cerco á la ciudad en toda regla en la cuaresma de 1238.

Aumentadas las tropas con la gente de refresco que vino de Aragon y Cataluña, se puso en marcha todo el ejército entre víctores y entusiastas aclamaciones á D. Jaime, no parando hasta sentar sus reales en el pueblo de Rusafa.

Combates parciales, escaramuzas diarias confirmaban cada vez mas el arrojo y la hidalguía cristiana, habiéndose ilumina-

do la ciudad y el campo sitiador la noche de S. Dionisio, de donde viene por tradicion el adornar en tal noche las confiterías de Valencia como viva representacion de los fuegos de aquel memorable sitio.

Habiéndose apoderado los caballeros de un arrabal de la ciudad, conocido entonces por la *Xarca*, y envuelto el rey en la lucha salió levemente herido en la cabeza. Irritado entonces el maestre *Fullalguer*, que iba á su lado, y con el ardiente deseo de una represalia, atacó la torre de Boatalla consiguiendo ponerla fuego y reducirla á ceniza con los defensores que había dentro; pero en esta empresa, tristemente desgraciada, sucumbió con gloria el varon esclarecido de la conquista, sin haber logrado presenciar la entrega de la plaza, lo cual tuvo efecto el 28 de setiembre de 1238, pocos dias despues de su muerte.

Gran sentimiento mostró el rey D. Jaime por la pérdida irreparable de su consejero y de su compañero de armas. Todo el ejército, puesto de gala, hizo los honores fúnebres cubriendo de negro los estandartes en señal de luto por tan esforzado campeón. — Y un personaje histórico como el maestre *Nuch de Fullalguer*, que tanto trabajó por enaltecer las barras de Aragón, bien merece que se le recuerde y se engrandezca su memoria.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1833 por un español.

CUADRO SEGUNDO.

Resúmen. *El extranjero recorre las tiendas. — Come sin ganas. — Se surte de ropa blanca sin saber por qué. — Concurre á los sitios públicos y se relaciona. — La Bolsa. — Los Bolsines. — Cafés-conciertos. — Bailes de medio pelo. — Bailes de pelo entero. — Mabilles. — Los empresarios y las grisetas. — Las grisetas solas.*

I.

Entre las muchas artes que los franceses poseen con preferencia á todos los demas hombres del universo, figura en primera linea el arte de vender. Como perfeccionamiento de este arte, han dividido su estudio en dos lecciones: la una pantomímica y muda; la otra cómica y hablada. En la primera se comprende el modo de arreglar las tiendas, la decoracion, la forma de armarios y mostradores, colocacion y casamiento de los objetos; en una palabra, la fantasmagoría, el espectáculo. La otra se refiere á la sonrisa, al guiño, á la chachara, cortesías, cumplidos, exageraciones, ofuscacion, aturdimiento, socallina, y á que nadie, en fin, salga de la tienda sin comprar.

Bello es, sin duda alguna, el pasear por las calles de París: cada cual de sus casas ostenta un almacén en su planta baja, un establecimiento industrial en el primer piso y veinte mas en todos los restantes y azoteas: bello es, decimos, el observar la exquisita coquetería, el orden admirable, la gracia seductora con que todo está dispuesto y decorado, en razon de los colores, tamaño y calidad de lo que se vende. — Desde el pulido zapato que, colocado en una horma admirable, luce toda su gracia en términos de que parece que va á andar, hasta el traje de la gran señora airoosamente puesto en un bello maniquí, cuya mano calzada de finísimo guante coge la arruga de la falda formando pabellón, y no de otra manera que si pasease por entre las alamedas de los Campos Eliseos sobre su ilustre dueña, así cuanto se refiere al adorno y vestido de las criaturas, todo está dispuesto para que entre por los ojos del deseo, signo precursor y casi imprescindible del acto de adquirirlo.

Otro tanto deberemos decir de los objetos destinados al ornato y compostura de las casas. Magníficos salones ricamente vestidos y amueblados que convidan á recibir visita en ellos; camas suntuosas, por entre cuyas cortinas de encaje se descubre un lecho preparado para echarse; bajillas distribuidas sobre mesas de comedor pidiendo manjares y convidados; un millar de

cubiertos de plata arrojados en monton y sin orden sobre un esparate que deslumbra por su brillo é incita por su valor; perlas brillantes y rubíes de gran tamaño y en número infinito llevándose tras sí los ojos del presumido ó del ambicioso; y hasta las pilas de monedas de oro y de billetes de banco con que los cambiantes anuncian su comercio, todo incitativo, todo codiciable, al alcance de la vista y de la mano todo, perturba las conciencias, rebela los sentidos y empuja al hombre hácia la adquisicion de este metal con que se satisfacen tantos gustos y aspiraciones como desarrollan los tenderos de París.

No hablemos de la disposicion en que presentan cuanto se refiere al arte culinario, y á la saciabilidad del apetito, su natural consecuencia. Los franceses que de un modo tan sibarítico comprenden y disfrutan los goces de la mesa; los franceses que se tienen, y hasta cierto punto con razon, por el único pueblo del mundo que sabe tomar la sopa; ellos que no comen para vivir, sino que viven y trabajan para comer, han llevado hasta la perfeccion el arte de exponer los objetos gastronómicos, en consonancia con sus refinados paladares y con su decidida afición á tenerlos complacidos.

Y antes de pasar adelante convendrá que rectifiquemos la absurda idea generalizada entre nosotros, de que en Francia no se hacen mas que dos comidas. Los franceses toman su desayuno por la mañana como el almuerzo de cualquier español; comen á las once, como se puede comer en cualquiera parte; toman indefectiblemente pasteles ó bizcochos entre tres y cuatro; vuelven á comer vorazmente á las cinco en punto, y no se acuestan jamás sin haber embaulado una parvedad frailuna capaz de tener en vela toda la noche á un mortero de aplaca. Esto sin contar con que en los cafés, en los paseos, en los teatros y cualquiera otro lugar de recreo hay siempre grandes mesas provistas de viandas pegajosas, las cuales desaparecen en los intermedios al son de las carcajadas, del chiste continuo con que salpican todas sus conversaciones. — En Francia, pues, se come tanto como se habla; y sabido es que en Francia se le da á la lengua como en ninguna parte.

Con tan felices disposiciones como las que ofrece ese pueblo para el asunto de que hablamos, fácil será ya conocer que no han puesto tanto esmero en adornar sus iglesias, como sus pastelerías, conserverías, reposterías, confiterías, dulcerías, flambrierías, cremerías, licorerías, vinaterías, cafés, fondas, restaurantes, bufets merenderos y qué sabemos cuántas clases de establecimientos mas como tienen destinados para beber y comer á todas horas. — Las terneras escrupulosamente disecadas y brillantes de limpias, abiertas en canal á la vista del público sobre un fondo de marmol blanco y transparentándose á la luz del gas; toda clase de aves comibles desde la calandria hasta el faisán repeladas y casi creemos que teñidas á uso de dama de comedia, pues tal es el blanco mate y sonrosado arroveleo que ostentan, atasajadas en el primoroso asador que espera la orden del gastrónomo para voltear; jamones holandeses y españoles, con papalinas de encaje de papel; langostas como pavos puestas de pies y unidas de bracero; enormes peces con sus aletas extendidas haciendo como que nadan en lagos de cristal, y todo esto colocado en recipientes de china ó plata y adornado con guirnalda de flores, y decorado de blanco y oro, sobre cuyos fondos reverberan torrentes de gas encendido desde media tarde; tal es el conjunto que ofrece á los ojos del viajero cualquiera de aquellos santuarios de Cíteres y Baco, de cuyo culto son tan fanáticos observadores los franceses.

Mas si el extranjero haziado ó poco carnívoro pudiera pasarse con desden por delante de tanta suculencia, no pasará de largo á buen seguro por frente de la puerta de un almacenista de frutos coloniales, que en anaqueles de color oscuro para mas evidenciar su surtido, y remedando á cuadritos pequeños la fisonomía del país á que debe su origen cada manjar, presenta entre palmeras los racimos de dátiles, y entre verdaderos pámpanos las uvas, y sobre praderas frescas los fresones, y entre hojas de plátano las guayabas; arbolitos frutales de todas las comarcas coronados de frutas, fuentes que saltan en todas direc-

ciones formando arcos como en el mas bello jardín, cascadas naturales por donde se despeñan torrentes de agua, á cuya humedad se abren las ostras y todo género de mariscos; naturaleza, propiedad y atractivo en fin, cual es imposible imaginarlo: y como si aun no fuesen suficientes ilusiones las del arte mudo, jóvenes hermosas vestidas de blanco, de torneado pecho y flexible cintura, con sus mangas de encaje á medio brazo, sus pulseras de color, su mano aristocrática que da celos al agua; y un ademán, una apariencia, un tono de condescendiente timidez, de expansivo recato, siempre con la sonrisa en el semblante, siempre con la atraktividad en los ojos, disponen, arreglan, trasladan, pesan y despachan los géneros; desprendiéndose de entre los unos y las otras tal lenguaje, que si los frutos dicen «comedme» y las fruterías «venid,» el extranjero no puede menos de lanzarse y responder «allá voy.»

Hé aquí dibujado de un brochazo informe y sin perfiles, el cuadro que las tiendas de París presentan cada día á la consideración del viajero español, quien embobado con tanto artificio natural y tanta mentira verdadera, ó se surte de lo que no necesita ó paga á peso de oro y compra verde lo que en su patria no quiere sazonado y medio de balde. — Tal es el poder de la coquetería francesa.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

(Continuación.)

Si hermosos son los campos y los bosques de mi país, decía, ¿qué no serán los de esta tierra, los campos y los bosques donde pasean y cazan los reyes y los cortesanos! Si divertidas son las cacerías en mi tierra, ¿qué no serán aquí donde todo debe participar de la grandeza, de la superioridad y de la magnificencia de la corte! Ahí he visto los arreos de caza de D. Lucas y todo es rico, todo es precioso en ellos: ¡la escopeta y los frascos de la munición están guarnecidos de plata, y los botines, y el morral están bordados de seda! ¡Cómo me voy á divertir, Dios mío! Atravesaremos espesos bosques de robles y castaños, vadearemos claros arroyos y espumosos torrentes, y desde lo alto de una roca, de la cumbre de una colina ó de la copa de un árbol veré al jabalí acosado por los perros, y al declinar la tarde, cuando hayamos reunido gran cantidad de hermosas reses, iremos á reponernos de la fatiga bajo los emparrados ó los nogales que sombrean los caseríos, donde se nos ofrecerá rica leche y frescas y regaladas frutas. Y al volver á Madrid, ¡con qué orgullo, con qué alegría atravesaremos esas calles con grandes cuerdas de perdices á la espalda y conduciendo de la rienda caballerías cargadas de jabalíes y liebres!

Llegó por fin el anhelado domingo. El cielo amaneció completamente despejado, el sol despuntó mas hermoso que nunca, y un recio viento que había soplado durante la noche anterior, había secado el piso. Todo contribuía á hermosear el día destinado á compensar á Angel de sus padecimientos durante la semana.

D. Lucas había dicho la noche anterior á los dependientes en presencia de los principales, que eran fieles observadores de los preceptos religiosos:

— Levantarse mañana temprano para oír misa antes de salir al campo.

En efecto, los dependientes lo mismo que D. Lucas se levantaron temprano, pero no para ir á misa. ¡Qué importaba la misa á D. Lucas cuando se trataba de una cosa tan interesante como la caza, que era su diversión favorita!

A cada dependiente señaló D. Lucas su tarea. Angel se encargó de hacer tacos de esparto, Manuel de llenar de pólvora

los frascos y de perdigon las bolsas, y Cipriano de proveer de pistones las pistoneras.

Llegó la hora de partir. D. Lucas, Manuel y Cipriano se calzaron fuertes botines, se echaron á la espalda grandes morrales, y se armaron no solo de escopetas de dos tiros, sino tambien de excelentes cuchillos de monte, sin olvidarse de echar un buen puñado de balas en los bolsillos.

Angel los contemplaba lleno de gozo, porque decía para sus adentros:

Esos fuertes botines, esos grandes morrales, esos cuchillos de monte y esas balas significan que vamos á recorrer espesos y ásperos montes, que la caza ha de ser abundante, y que tendremos que habérnoslas con terribles jabalíes, y aun acaso con lobos.

Pero lo que confundía al pobre niño era el ver que D. Lucas disponía que fuesen con ellos los perros Leon y Pili, dos gozquecillos cuya débil resistencia se avenía mal con los peligros y la ruda fatiga de una cacería como la que él se figuraba.

Salieron al fin y tomaron calle abajo.

— ¡Qué barata va á valer mañana la caza! decían algunas personas al verlos.

Y Angel, que no comprendía el sentido irónico de estas palabras, se afirmaba mas y mas en la idea que de la cacería había formado.

X.

Cuando dieron vista á la puerta de Toledo, Angel se estremió de placer: algunos pasos mas é iba á encontrarse en el campo, iba á recrear la vista con la contemplación de una hermosa perspectiva, pues si las de su país eran sorprendentes, ¿cuánto no debían serlo las que ofreciesen las cercanías de Madrid, las cercanías de la capital de España, donde todo debía ser grande, magnífico, admirable!

Allá al frente, se decía, se descubrirá una alta montaña cubierta de gigantescos árboles; á un lado se verá una verde colina coronada por un misterioso y sombrío castillo medio arruinado; hacia el lado opuesto se alzarán quebradas rocas entre las cuales se despeñarán con roncó bramido los impetuosos torrentes, y al pié de los montes se extenderá una deliciosa vega sembrada de blancos caseríos y regada por un caudaloso río, en cuya orilla se destacará el nevado techo de los molinos.... Ese encantador espectáculo debe aparecer de repente á mi vista.

Y Angel, viendo que se acercaban ya á la puerta, bajó la vista con el firme propósito de no alzarla, hasta sentir bajo sus piés la yerba del campo, para poder así abarcar de repente el hermoso paisaje que se figuraba.

No una alfombra de menuda yerba, sino la arena y el airecillo sutil de Guadarrama le hicieron conocer que se hallaba ya en el campo. Entonces alzó con prontitud la vista y trató de abarcar con ansia el paisaje que tenía delante. ¡Ay! ¡Cuán diferente era aquel paisaje del que él había soñado! Al frente: cortaban el horizonte los áridos cerros de S. Isidro, coronados no de gigantes arboledas y misteriosos castillos, sino de ahumados tejares y tristes cementerios circuidos de tapias de tierra. A la izquierda, la estéril y monótona llanura cuyos accidentes mas bellos son el cerro de los Angeles y el cerro negro. A la derecha, los míseros ventorrillos y los escuetos ribazos que dominan al puente de Segovia. Y en la llanura: ¡el triste Manzanares arrastrándose penosamente entre muladares y lavaderos!!!

El desaliento y la tristeza se apoderaron de Angel. Sin embargo aun no perdió completamente la esperanza de dar con el paraíso de sus sueños.

Sigamos adelante, dijo, que tal vez al trasponer aquellos cerros descubrirán mis ojos un paisaje menos árido y triste que el que descubren desde aquí.

Y siguiendo á sus compañeros pasó el Manzanares por el puente de S. Isidro. D. Lucas se detuvo allí haciendo señas á sus compañeros para que guardasen silencio. Obedecieronle todos y él se adelantó algunos pasos, de puntillas, con la espalda encorvada y preparada la escopeta.

Angel creyó que alguna liebre ó cuando menos alguna ban-

dada de perdices había descubierto D. Lucas. Este disparó al fin su escopeta, exclamando loco de contento:

— ¡Ya cayó! ¡Ni la paz y caridad le levanta!

Y desapareció entre los sauces que bordeaban el río. Algunos instantes después volvió á aparecer mostrando triunfante... ¡una pajarita de agua que acababa de matar!

Las ilusiones de Angel recibieron un nuevo y terrible golpe. ¿Qué cacería era aquella en que los cazadores se alborozaban tanto con la muerte de un pajarillo? ¿Para qué eran aquellas balas, aquellos cuchillos de monte y aquellos morrales?

Nuestros cazadores treparon á los cerros de S. Isidro, y Angel dirigió la vista al nuevo horizonte. ¡También allí por todas partes áridos cerros... pelados ribazos por todas partes y algunos árboles raquíticos, y algunos zarzales en el arroyo de Luche!

D. Lucas no desmayaba como Angel. Atravesando sembrados en persecución de alguna alondra, se fué alejando, alejando seguido de sus compañeros. Angel se cansaba, y León y Pilis también. Angel se sentó rendido en una linde, y los perros, rendidos también, se tumbaron en un surco; pero D. Lucas dió un pescocón al niño, é hizo una caricia á los perros obligando al primero á cargar con los segundos.

Tú que no puedes llévame á cuestas.

Recorriendo D. Lucas el arroyo de Luche, saltó un conejo de entre sus piés. D. Lucas le disparó á boca de jarro, pero el conejo continuó su camino sin la menor novedad.

El cazador echó un *pecado* asegurando que el animal iba herido; pero que la pícara de la pólvora no remataba. ¡Y á todo esto, el pobre Angel que no podía ya con su cuerpo y menos aun con su alma, continuaba cargado con los perros!

En estas y las otras la tarde fué declinando, y nuestros cazadores tomaron la vuelta de Madrid trayendo en el morral hasta media docena de pajarillos. Angel se quedaba atrás de cuando en cuando; pero D. Lucas le ayudaba ora echándole un *pecado*, ora dándole un puntapié; pero no tan fuerte que el chico fuera á caer y lastimar los perros.

¡Eran tan monos Leon y Pilis!

Cerca de la puerta de Toledo los alcanzó un cazador que llevaba cuatro conejos.

— Hola, tío Lobo, le dijo D. Lucas. ¿Parece que se ha hecho negocio?

— Así, así, señor D. Lucas. ¿VV. que tal?

— Calle V., hombre, que estoy desesperado con esta maldita pólvora.

— ¿Pues qué es lo que tiene? ¿Estará húmeda?

— No señor. Es que no remata. He tirado hoy mas de veinte tiros y se han marchado heridas las piezas.

— Pues lo que es á mí, la que se me marche que me la claven en la frente. Tengo una pólvora de contrabando que es de jo que no hay.

— Hombre, ya podía V. venderme un par de libras.

— Con mucho gusto, señor D. Lucas. Un día de estos se las llevaré á V.

— Corriente. Hombre, vamos á ver esos animalitos.

— Véalos V. Son buenas piezas.

— Sí que lo son. Por supuesto, gestos serán para la plazuela?

— Sí señor. Como que uno vive de eso....

— Pues me voy á quedar con ellos yo.

— Como V. guste, señor D. Lucas.

— Con que cuánto le doy á V. por ellos?

— Lo que V. quiera.

— Vamos, ahí tiene V. un duro.

— Gracias, señor D. Lucas; que VV. los coman con salud. Con que hasta más ver, señor D. Lucas y la compañía.

— Que vaya bien, tío Lobo.

El tío Lobo se adelantó á los dependientes de Quijano. Don Lucas se apresuró á engalanar su cinto con los cuatro conejos. Poco después entraba en Madrid tan ancho que no cabía en la calle de Toledo, dando enojos á los que aquella misma mañana se habían burlado de él.

(Concluirá.)

CAMINO DEL CIELO.

BALADA.

Á MI QUERIDO AMIGO JAVIER DE RAMIREZ.

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y pausada.

Todo blanquea;
rediles y collados,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
do está su hijo
lleve cuajados copos
el viento frío....

— ¡Ay, pobre madre! —
Aquella cuna encierra
solo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos:

por eso exclama
con doloridos ayes:

«¡Hijo del alma!»

«¿Por qué no murió un día
de primavera,
como flor que á los cielos
vuelve su esencia?»

«¡Ay, cuántos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!»

«¡Oh! ¡pero en esta tarde,
solo y sin guía,
luchando con las nubes
y la ventisca,
mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!»

Es ya la media noche....
sigue nevando....

— La madre abraza al ángel
en su regazo.

De la ventana
voló en su busca al cielo. —
¡Ha muerto helada!

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre todos los seres de la creación la mujer es la joya mas admirable que ha salido de manos del Criador.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.